

Arturo Pages Larrañaga

Sanín Cano y su visión de la literatura colombiana



A literatura de Colombia desde el virreinato hasta nuestros días es una de las más ricas de la lengua castellana y cuenta con escritores que superaron el desdén que suele acompañar a las producciones de América y alcanzaron vasta difusión. Los nombres de Jorge Isaacs y Eustasio Rivera en la novela, de Rufino J. Cuervo en la erudición filológica y de Olmedo, Pombo, Caro, Silva y Valencia en la poesía, bastan sólo para confirmarlo. Todo trabajo que se refiera a las letras de ese país suscita por ello vivo interés. En el caso del panorama que comentaremos (1), éste se acrece por haber sido confiado a Baldomero Sanín Cano, crítico y ensayista de muy justo renombre, vinculado por motivos diversos y desde hace muchos años a la actividad espiritual de su patria y de toda América.

(1) *Letras colombianas*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección «Tierra Firme», 1944.

Discutido o admirado por las promociones más recientes, Sanín Cano es un exponente del tipo de intelectual característico de fines de la pasada centuria y comienzos de la presente.

Una ansiedad de saber sin urgencias de disciplina y sin miras orgánicas fué su matiz principal. «Nada le es desconocido dentro de la gama infinita de la cultura», dice en su elogio Alfonso Mejía Robledo (1), para destacar su infatigable enciclopedismo. Poligloto, inquieto, atento siempre a los fenómenos estéticos de Europa y crítico agudo de las producciones americanas, Sanín Cano contribuyó a revelar valores ignorados y dió impulso a muchas vocaciones. José Asunción Silva se reconoció su discípulo y Guillermo Valencia, aunque opuesto a sus ideas políticas, nunca dejó de admitir su influencia literaria.

El autor de *Divagaciones e imágenes* (1927), que fué redactor de «La Nación» y representante diplomático de su patria entre nosotros, se ocupó a veces de libros y de escritores argentinos, tarea en la cual, si algo tenemos que reprocharle, es cierta generosidad en la que el diplomático sustituía al crítico.

El entusiasmo y la dedicación que puso en el conocimiento de las otras literaturas de América en momentos en que no era frecuente el interés por las mismas, han dado al autor una visión de conjunto muy útil

(1) *Cuatro maestros actuales de la literatura colombiana*, *Revista de la Universidad de Antioquia*, Colombia núm. 40, junio de 1940, pág. 497.

para su libro, ya que el proceso de las letras colombianas es paralelo en muchos aspectos al de las otras del continente.

No han faltado quienes censuren a Sanín Cano su curiosidad bibliográfica sin mayor discriminación, su prurito de novedad, todo lo cual llevó a Luis María Mora a decir que «si acaso algún día se llegara a establecer el ansiado cambio interplanetario de ideas con Marte, nuestro sideral vecino, sería Sanín Cano el primero que tuviese un libro de las prensas marcianas» (1). El mismo aludió a su falta de consagración a un género determinado y habló entre nosotros de su «exuberante esterilidad literaria» (2).

Javier Arango Ferrer contrapone a Sanín Cano, sujeto siempre a la novedad, al vibrante ritmo periodístico, y a Antonio Gómez Restrepo, más apegado al juicio sereno y al trabajo de gabinete, como representantes de dos tendencias. «Ajeno a la vanidad y a la amargura—dice del primero—, las ideas nuevas lo encuentran a los setenta y nueve años, con el amable humorismo dispuesto a desenredar las trampas de la civilización» (3). Este constante y despierto interés acaso agregue un mérito más a sus *Letras colombianas*, el único ensayo orgánico emprendido por Sanín Cano.

(1) *Los contertulios de la gruta simbólica*, Biblioteca Aldeana de Colombia, t. LIII, Bogotá, 1936, pág. 136.

(2) *Nosotros*, t. XLIX, año XIX, abril de 1925, núm. 191, pág. 515

(3) *La Literatura de Colombia*, Instituto de Cultura Latinoamericana, Buenos Aires, 1949, pág. 16.

El autor de *La civilización manual* (1925) no ha logrado, empero, encuadrar su libro dentro de las normas habituales en esta clase de trabajos, y a pesar de la exposición de criterios esbozada en el comienzo de la obra, ésta se reduce a presentar, sujeta sólo a la ordenación cronológica, una vasta galería de escritores en la que el lector desprevenido, sin un conocimiento preciso de los valores de esa literatura, evidentemente se encontraría extraviado.

El error fundamental de no establecer alguna ordenación de géneros o escuelas, ni tan siquiera referencias de época, se advierte ya en el capítulo, sumarísimo, que dedica a la literatura colonial. Muy poco dice sobre las características de la rica producción de esa época, que adquirió en Nueva Granada espléndida lozanía, sólo comparable con la de Lima y México; se limita a ofrecernos pocas noticias sobre los escritores más conocidos de ese período (1). Las referencias a Juan de Castellanos, Jiménez de Quesada, Rodríguez Freyle, Lucas Fernández de Piedrahita y Francisca Josefa del Castillo son sin duda insuficientes para comprender todo un brillante capítulo de las letras colombianas. El proceso queda así harto esquematizado y faltó de las indispensables noticias generales que permitan engarzar esos nombres en el plano de la cultura.

(1) Sobre esta etapa ha aparecido recientemente un interesante ensayo de José Manuel Rivas Sacconi: *Exordios del humanismo en Colombia*. (*Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, año II. enero-abril 1946, núm. 1, págs. 54-84).

En la segunda parte del libro, intitulada **Nacimiento de una conciencia americana**, estudia los comienzos de la prensa con **El Papel Periódico** fundado por el cubano **Manuel del Socorro Rodríguez** y otras publicaciones, entre las cuales se destacó **El Semanario** dirigido por **Francisco José de Caldas**, hombre de ciencia cuyos escritos alcanzaron una brillante corrección que muchas veces fué belleza.

Concede atención a los cenáculos, salones y tertulias literarios en los que tomaron impulso las nuevas ideas y el ansia de emancipación política. **Camilo Torres**, **Simón Bolívar** y **Antonio Zea** constituyen para **Sanín Cano** los representantes de ese momento, aunque muchas veces las dotes del estilo no se manifestasen en las obras de aquéllos con intención puramente estética.

Ocupa más de la mitad de **Letras Colombianas** el análisis de lo que llama **La literatura de la república**. Ese extenso período es expuesto sin parcelaciones que faciliten su más diáfana comprensión. Muchos escritores de mérito singular son estudiados con excesiva brevedad en relación al espacio que se concede a otros menos importantes. El mismo comentarista admite esta deficiencia de plan. «De algunos autores cuyas obras hemos analizado—dice—podría prescindirse en la historia de las letras colombianas sin romper la unidad del relato y sin desvirtuar los caracteres salientes de nuestra vida espiritual» (1).

(1) Págs. 101-102.

En realidad esta tercera parte constituye una larga enumeración de escritores de fisonomía espiritual y de producción muy diferentes. Ninguna distinción entre ciclos, géneros, escuelas o tendencias orienta al lector. A las noticias biográficas se suman algunos juicios sobre sus obras, no siempre, todo lo precisos que sería de desear. Luce Sanín Cano un conocimiento muy amplio de la historia política, pero esto mismo lo lleva a digresiones no siempre oportunas.

Destacamos los capítulos consagrados a Vargas Tejada— primer escritor de pura vocación literaria en Colombia—, a Jorge Isaacs y el décimo, dedicado a Miguel A. Caro, Rufino J. Cuervo y Marco Fidel Juárez. Tienen los tres una ajustada elaboración y un desarrollo en el que se aúnan la fidelidad de las noticias con la penetración crítica.

Cierra el libro un estudio sobre el modernismo. Debe señalarse la capacidad de síntesis y el relieve con que presenta a José Asunción Silva y a Guillermo Valencia (1). Sus noticias revisten interés para la comprensión, lejos de toda facilidad, de estos poetas cuyas características se discuten hoy no sin cierto brío polémico (2). Traslucen estas bellas páginas un entu-

(1) Este último comentario fué anticipado en las páginas de *Nosotros*. El poeta Guillermo Valencia: año XX. Junio de 1926. núm. 205. t. LIII; págs. 146-153.

(2) Daniel Arango, por ejemplo, niega a Silva, su condición de precursor del movimiento modernista (*Silva y el modernismo*, en *Revista de las Indias*, núm. 90, junio de 1945, págs. 367--385). Entre los numerosos trabajos realizados para celebrar el cincuentenario del poeta, se cuenta un estudio de Sanín Cano: (*José Asunción Silva*, en *Revista de las Indias*, núm. 89, mayo de 1946, págs. 161-178).

siasmo que les confiere fuerzas y amenidad. La simpatía de Sanín Cano por el modernismo es muy explicable puesto que su propia iniciación literaria se vincula con el movimiento simbolista que surge con inquietud renovadora frente al grupo de La gruta simbólica de posición clásica y casticista.

Si tal circunstancia le otorga insustituible valor documental, desde el punto de vista técnico resulta insuficiente en sus planteos, sobre todo comparado con los estudios de Federico de Onís, Roberto Meza Fuentes, Arturo Torres Rioseco, Pedro Salinas y otros críticos que han analizado con penetrante agudeza ese movimiento. Nos parece además del todo inexacto que fuese su «rasgo histórico el haber carecido en un todo de carácter de reacción» (1). La historia del modernismo en los países de América contradice esa afirmación. Es en cambio muy acertado y merece desarrollo el paralelo entre la renovación poética de fin de siglo y las primeras influencias del naturalismo en la prosa.

Luis Alberto Sánchez señaló en Sanín Cano una «sobriedad de pensamiento y de expresión poco comunes en nuestra América» (2). y, precisamente, por ello es lamentable que caiga en los errores propios de escritores con menos firme aptitud y de pluma más fogosa.

No podemos dejar de apuntar algunos defectos, muy

(1) Pág. 177.

(2) *Nueva historia de la literatura americana*. Buenos Aires, América-
lec. 1943, pág. 340.

generalizados en esta clase de trabajos entre nosotros: la excesiva atención que se concede a lo biográfico, con pormenores que de ninguna manera contribuyen a estimar las peculiaridades del escritor; la postergación del fenómeno puramente estético por consideraciones marginales; el escaso rigor en las referencias a las escuelas literarias y los juicios de generalidad harto imprecisa; la inclusión de generales y políticos muy respetables por su actuación patriótica, pero cuya admisión no se justifica en una obra de historia literaria; y, por último, el que la simpatía conduzca a preferir deficiencias o a exaltar valores muy medianos. La misma calidad general de esta obra nos lleva a acentuar estas observaciones.

Al margen de tales advertencias corresponde admitir que un deseo de precisión y de sobriedad prevalece en el volumen. La frase del escritor colombiano, a veces demasiado densa, está siempre limpia de garrulería. Daniel Semper Ortega explicó alguna vez que acaso «el íntimo trato con la lengua y escritores teutónicos, nórdicos e ingleses influyeron en el estilo de Santín demasiado severo y denso para lectores tropicales» (1), pero lo cierto es que una gran seguridad en el manejo de las ideas y una diestra capacidad de síntesis caracterizan al libro. Su enorme ilustración literaria, su inquieta y vasta cultura, ese «morboso afán de leer libros nuevos» al que aludió Luis María Mo-

(1) *Cuatro eruditos antioqueños*. Biblioteca Aldeana de Colombia, t. XLIV, 1936, pág. 23.

ra (1), trasparece en la soltura de las referencias y en la sagacidad para establecer vinculaciones e influencias.

El presente noticiario tiene el propósito de llegar al lector medio como introducción a la literatura colombiana y satisface en ese sentido su finalidad. Sólo conocíamos un intento de presentación semejante en el resumen de Javier Arango Ferrer (1940). Las otras fuentes se reducían sólo a una etapa de esa literatura, como la eruditísima *Historia de la literatura en Nueva Granada* de José María Vergara que abarca desde la conquista hasta el año 1820; eran demasiado rigurosas, como la *Historia de la literatura colombiana* (1938) de Antonio Gómez Restrepo, cuyos primeros elementos fueron dados a conocer en la *Révue Hispanique* (t. XLIII, 1918), o tenían el único mérito de los antecedentes acumulados, como el *Resumen* (1937), de Gustavo Otero Muñoz. Por sus muchos méritos y hasta por sus mismos errores, *Letras colombianas* contribuirá así a facilitar el camino para futuros intentos.

Fruto de la lozana ancianidad de Sanín Cano, este libro resume la experiencia de toda una vida, y muchos de sus capítulos, especialmente, el consagrado al modernismo—tema que aun aguarda un estudio severo—si pueden ser objeto de apostillas, se realzan por su cálido valor testimonial.

(1) Loc. cit.